

ojos como los tuyos ; con eso, mirando hacia Bondi, podrá ver si Charentón se quema.

Y lanzando una gran carcajada, que revelaba la alegría que le causaba su ocurrencia, el postillón salió de la fonda del *Gran Turco*.

Un cuarto de hora después paraba en la puerta de la fonda un cabriolé. Un hombre se apeó de él con un traje igual al designado por Charpillón, y dándose á conocer al camarero, que le esperaba como Mr. Poirier, fué conducido por éste al cuarto número 11, donde se hallaba servida una excelente cena, y donde una botella de Burdeos aguardaba, colocada á conveniente distancia del fuego, en ese temple que le dan antes de gustarlo los verdaderos bebedores.

### CAPÍTULO III.

NADIE LE HACE Á UNO TRAICIÓN MÁS QUE SUS AMIGOS.

Cinco minutos después, Mr. Poirier se hallaba cómodamente establecido en el cuarto número 11, y conocía perfectamente todos los rincones de él, como si lo hubiera habitado toda la vida.

Mr. Poirier tenía un carácter que le hacía trabar amistad instantáneamente con todo el mundo, y un temperamento que se familiarizaba rápidamente con todos los lugares.

Sólo declaró al camarero, que no necesitaba nadie que le sirviese, que le gustaba comer solo y tranquilo, sin que le hiciese falta el que le llenasen el vaso ni le quitasen el plato cuando aun había algo en él.

Solo ya, y cuando oyó perderse á lo lejos el menor de los

pasos del camarero, el falso Poirier, ó el verdadero Gibassier, como si se le quisiera llamar, abrió su puerta.

En aquel momento, Mr. Sarranti abría también la suya. Gibassier no cerró su puerta, sino que la entornó.

Mr. Sarranti daba á la criada, que acababa de hacer su cama, algunas órdenes, que indicaban que dentro de una ó dos horas estaría de vuelta.

— ¡ Oh ! dijo Gibassier, parece que á pesar de lo avanzado de la hora, mi vecino va á dar un paseito. Veamos á qué sitio se dirige.

Gibassier apagó las dos bujías que ardían sobre su mesa, y abrió la ventana antes que Mr. Sarranti hubiera salido de la casa.

Pocos momentos tardó en verlo salir y tomar por la calle de San Andrés de los Arcos.

— Estoy seguro que volverá, dijo, pues no puede sospechar que yo estuviera escuchando las órdenes que daba. Pero, ¡ ah ! fuera pereza, cumplamos religiosamente nuestra consigna, y sepamos adónde va.

Bajó rápidamente la escalera y le siguió por la calle de Bussy, el mercado de San Germán, la plaza de San Sulpicio y la calle del Pot-de-Fer, donde le vió entrar en una casa, sin mirar siquiera el número.

Gibassier fué más curioso que él.

La casa donde había entrado tenía el número 28.

Gibassier subió toda la calle, se deslizó á lo largo del hotel Cossé-Brissac, y esperó.

No aguardó mucho tiempo ; Mr. Sarranti no hizo más que entrar y salir.

Pero en vez de bajar la calle, la subió también ; es decir, que pasó por delante de Gibassier, el cual, púdica y prudentemente, se metió en el hueco de una puerta.

Mr. Sarranti siguió, sin advertir nada, por la calle de Vaugirard.

Después de haber caminado un rato por ella, de haber pasado junto al teatro del Odeón, por el lado donde se halla la entrada de los actores, de atravesar la plaza de San Miguel, se metió por la calle de las Postas y llegó delante de una casa; pero esta vez miró el número.

Esta casa, que nuestros lectores conocen ya, y que si no reconocen van á recordar inmediatamente, estaba situada junto al pasadizo de las Vigues, frente por frente de la calle del Pozo-que-Habla, y no era otra que aquella especie de cubilete mágico, por el cual, semejante á fantasmas, habían desaparecido los carbonarios, buscados inútilmente en la casa por Mr. Jackal, y tan milagrosamente vueltos á encontrar por él después de su peligroso descenso, junto á Gibassier.

El ex forzado tembló al divisar aquella famosa calle del Pozo-que-Habla, y en ella el pozo en que tan largas tristes horas había pasado. Un vago estremecimiento agitó su cuerpo, y un frío sudor humedeció sus sienes. Por la primera vez, desde su salida del Hotel-Dieu para Kehl, sintió una dolorosa impresión.

La calle estaba solitaria; Mr. Sarranti, llegado que fué frente á la casa, se detuvo, esperando sin duda para entrar, á los otros cuatro compañeros necesarios para la introducción, que se recordará se verificaba de cinco en cinco.

No pasó mucho tiempo sin que aparecieran tres hombres envueltos en anchas capas, los cuales se dirigieron hacia Mr. Sarranti, y después de haber cambiado con él el signo de reconocimiento, los cuatro esperaron al quinto compañero.

Gibassier miró á su alrededor para ver si llegaba el quinto, y no viendo ni sombra de él, se decidió á dar un golpe maestro.

Iniciado por Mr. Jackal en los misterios de esta casa, familiarizada con los signos masónicos de todas las sociedades secretas, se encaminó directamente al grupo, tomó la mano que más cerca de él se hallaba, é hizo el signo de reconocimiento.

Consistía éste en volver tres veces la mano de dentro á fuera.

Entonces, uno de los hombres metió la llave en la cerradura, y todos cinco entraron en la casa.

El interior había sido reparado y vuelto á pintar, de modo que no quedaba huella del paso de Carmañola á través de la pared, y de la caída de Corta-el-Aire.

Esta vez no se trataba de bajar á las Catacumbas. Cuatro jefes desconocidos, los unos para los otros, habían sido convocados para recibir las confidencias de M. Sarranti.

Éste les anunció, que antes de tres días el duque de Reichstadt estaría en Saint-Leu-Taverny, donde permanecería oculto hasta el momento en que fuera necesario decir al pueblo la bandera á cuya sombra se sublevaba.

Como era costumbre de los afiliados aprovechar, para desorientar á la policía, cualquiera ocasión que se ofreciera para reunirse, se convino, que debiendo tener lugar al día siguiente el entierro del duque de la Rochefoucauld, todas las logias y centros se hallarían reunidos en la iglesia de la Asunción y sus alrededores.

Allí recibirían las últimas instrucciones.

Para cualquier evento, y hasta la llegada del duque de Reichstadt, permanecería reunida una comisión permanente.

Separáronse á la una de la mañana.

Gibassier no temía más que una cosa, y era, encontrar al salir al afiliado á quien había suplantado.

Por fortuna no estaba.

Había venido sin duda, pero no viendo llegar á sus cuatro compañeros, cansado de esperarlos, y creyendo aplazada la cita, se retiraría á su casa.

Mr. Sarranti dejó á sus compañeros en la puerta, y Gibassier, no dudando que se volvería á la fonda del *Gran Turco*, desapareció tras de la primera esquina, y echando á correr le cogió una delantera de diez minutos, entró, sentóse á la mesa, y comió con el hambre de un viajero que ha corrido treinta á cuarenta leguas sin descanso, y la satisfacción de un hombre que ha cumplido concienzudamente con su deber.

No tardó mucho en alcanzar la recompensa que merecía su trabajo, oyendo en la escalera el paso de Mr. Sarranti, paso que había estudiado y que reconocería, entre otros mil.

La puerta del núm. 6 se abrió y se volvió á cerrar.

Después oyó Gibassier el rechinamiento de la llave, al girar dos veces dentro de la cerradura.

Era esta señal cierta de que Mr. Sarranti había entrado para no volver á salir, al menos hasta el día siguiente.

— Buenas noches, vecino, murmuró.

Después llamó.

El camarero se presentó.

— Haréis que mañana por la mañana, ó mejor dicho á las siete de la de hoy, dijo Gibassier, suba aquí un mozo. Tengo que enviar una carta muy urgente.

— Si el señor quiere darme la carta, dijo el camarero, no necesita despertarse tan temprano para tan poca cosa.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! la carta es de algún interés, dijo Gibassier, y además no me disgustará el levantarme á buena hora.

El camarero se inclinó en señal de obediencia y levantó los manteles.

Gibassier le suplicó que dejara en el cuarto un magnífico pollo frío y lo que quedaba de la segunda botella de Burdeos, diciendo que, como el rey Luis XIV, no le gustaba dormir sin tener un *por si acaso* á la mano.

El camarero dejó sobre la chimenea el pollo intacto y la comenzada botella.

Después se retiró, prometiendo que á las siete en punto de la mañana haría que estuviese allí el mozo.

Fuera ya del cuarto el camarero, Gibassier cerró la puerta, abrió la papetera, en la que sabía ya que encontraría papel, pluma y tinta, y se puso á escribir, dirigidas á Mr. Jackal, sus impresiones de viaje de Kehl á Paris.

Hecho esto se acostó.

Á las siete en punto llamaba á la puerta el mozo.

Gibassier, levantado, vestido y pronto ya á entrar en campaña, gritó :

— Entrad.

El mozo entró.

Gibassier lanzó sobre él una mirada rápida, y reconoció en él, aun antes de que él hubiera podido pronunciar una palabra, al auvernés de pura raza.

Podía, pues, con toda confianza entregarle su carta.

Dióle un franco en vez de medio, como había pensado : explicóle todos los rodeos del palacio de la calle de Jerusalén ; le previno que la persona á quien la carta iba dirigida, debía haber llegado aquella madrugada de un largo viaje ó llegaría en aquel mismo día.

Si había llegado, la entregaría en propia mano de parte de Mr. Bagnères de Tolón. Este era el nombre aristocrático de Gibassier.

Si la persona no había llegado, dejaría la carta á su secretario.

El auvernés marchó perfectamente instruido.

Transcurrió una hora; la puerta de Mr. Sarranti permaneció cerrada.

Solamente se le oía ir y venir, mover y remover los muebles de su cuarto.

Gibassier, para hacer algo, resolvió almorzar.

Llamó al camarero, le hizo poner la mesa, servirle el pollo y la botella de Burdeos de la noche anterior, y lo despidió en seguida.

Ya había Gibassier clavado su temedor en la pata del pollo, y se disponía á introducir la punta del cuchillo en la articulación del alón, para hacer una perfecta disección, cuando la puerta de su vecino giró sobre sus goznes.

— Diablo, dijo levantándose, parece que salimos temprano.

Dirigió la vista al reloj; marcaba éste las ocho y cuarto.

— ¡ Oh ! ; oh ! no tan temprano como creía.

Mr. Sarranti bajó la escalera.

Como la vispera, Gibassier se dirigió á la ventana; pero sin abrirla, se contentó con mirar por detrás de las cortinas.

Pero esperó en vano; Mr. Sarranti no parecía en la plaza.

— ¡ Oh ! dijo Gibassier, ¿ qué hará abajo, pagará su cuenta ? porque es imposible que haya salido tan pronto, que no haya yo podido verle. Á menos, pensó, de que no se

haya deslizado á lo largo de la pared; pero en este caso no debe aún estar lejos.

Y Gibassier, abriendo rápidamente la ventana, sacó por ella medio cuerpo para explorar la plaza.

No vió á nadie que se pareciera á Mr. Sarranti.

Aguardó aún cuatro ó cinco minutos, y no pudiendo adivinar por qué no salía Mr. Sarranti, se decidía ya á bajar para averiguarlo, cuando, por fin, le vió pasar el umbral y dirigirse, como la vispera, hacia la calle de San Andrés de los Arcos.

— Ya me figuro donde vas, murmuró Gibassier. Vas á la calle del Pot-de-Fer. No encontraste ayer á quien buscabas y vas á ver si hoy lo encuentras. Podría dispensarme de seguirte; pero el deber es antes que todo.

Y Gibassier, tomando su sombrero y su tapaboca, bajó, dejando intacto el pollo, y reconociendo la bondad de la Providencia que le proporcionaba este paseo matinal para abrirle el apetito.

Pero con grande asombro suyo, se vió detenido en el último peldaño de la escalera por un hombre á quien su aspecto y su figura denunciaban como un agente subalterno de policía.

— ¿ Vuestros papeles ? le preguntó éste.

— ¡ Mis papeles ! respondió Gibassier estupefacto.

— Pardiez, repitió el agente, debéis saber, que para hospedarse en una fonda es preciso tener papeles.

— Cierto, dijo Gibassier, que sabía mejor que nadie, por su experiencia del pasado, la necesidad de tener un pasaporte para encontrar una vivienda. Voy á enseñaros mis papeles.

Y registró todos sus bolsillos.

Los bolsillos de Gibassier estaban vacíos.

— ¿Qué diablos he hecho yo de mis papeles? se preguntó á sí mismo.

El agente hizo un gesto, que se podía traducir por estas palabras:

— Cuando un hombre no halla sus papeles en el instante, no los encuentra nunca.

Y con otro gesto, recomendó la vigilancia á dos hombres vestidos con gabanes negros, y que con gruesos bastones en la mano esperaban en la puerta de la fonda.

— ¡ Ah! pardiez, ya sé lo que he hecho de mis papeles, dijo Gibassier,

— Tanto mejor, replicó el agente.

— Los he dejado en la casa de postas de Bondy, cuando me quité mi disfraz de correo para tomar mi traje de postillón.

— ¡ Eh! gruñó el agente.

— Si dijo Gibassier riendo; felizmente yo no necesito papeles.

— ¡ Cómo que no los necesitáis!

— No.

Y acercándose al oído del agente:

— Soy de los vuestros, le dijo.

— ¡ Cómo!... ¿ sois de los nuestros?

— Sí, dejadme pasar.

— ¡ Ah! ¿ Tenéis prisa, según parece?

— Voy siguiendo á uno, dijo Gibassier con aire de inteligencia y guiñando el ojo.

— ¿ Conque seguís á uno?

— Á un conspirador muy peligroso.

— ¿ De veras?... ¿ Y dónde está?

— ¡ Pardiez! debéis haberle visto; es el que acaba de bajar ahora poco; cincuenta años, bigote cano,

cabello corto, aspecto militar. ¿ No le habéis visto?

— En efecto, le he visto.

— ¡ Pues bien! entonces, dijo Gibassier riendo siempre, á quien debíais detener era á él, y no á mi.

— Si; pero como él tiene sus papeles perfectamente bien arreglados, lo he dejado pasar, y como vos ni bien ni mal los tenéis, os prendo.

— ¡ Cómo!... ¡ prenderme!...

— ¡ Sin duda!... ¿ creéis que eso me va á incomodar?

— ¡ Me prendéis á mi!

— Á vos, si.

— ¿ Á mi, agente particular de Mr. Jackal?

— La prueba.

— Os la daré, y no me será difícil.

— Dádmela pues.

— Pero entretanto, mi hombre se me escapa.

— Si, comprendo, y á vos no os desagradaría el hacer lo mismo.

— ¡ Escaparme yo! ¿ Por qué? Bien se conoce que no me conocéis... escapar... no; hallo muy agradable mi actual posición.

— Vamos..... vamos... dijo el agente, basta de palabras.

— ¿ Cómo que basta?

— Si; seguidme, ó si no...

— Ó si no, ¿ qué?

— Iré á buscar fuerza armada.

— Pero, si os he dicho, dijo encolerizado Gibassier, que pertenezco á la policía particular de Mr. Jackal.

El agente lo miró con aire que quería decir:

— ¡ No sois poco fatuo!

Y se encogió de hombros, haciendo seña á sus dos subordinados para que le ayudasen.

Éstos avanzaron como gentes que entienden bien su oficio.

Mirad, amigo, lo que hacéis, dijo Gibassier.

— Yo no soy amigo de las gentes que no tienen papeles, replicó el agente.

— Mr. Jackal os castigará severamente.

— Mi consigna es conducir á la prefectura de policía á los viajeros que no tienen pasaporte ; vos no lo tenéis, y os llevo á la prefectura ; creo que esto es bien sencillo.

— ¡ Pero, pardiez ! os digo...

— Enseñadme vuestro ojo...

— ¡ Mi ojo ! dijo Gibassier, agentes subalternos como vos podrán tener un ojo ; pero yo...

— Sí, vos tenéis dos, comprendo ; de ese modo podréis reconocer perfectamente el camino que vamos á tomar. Andando.

— ¡ Lo queréis así ? dijo Gibassier.

— Vaya si lo quiero.

— No os quejéis más que de vos mismo si algo malo os llega á suceder.

— Vamos, vamos, seguidme de grado, ó yo os haré que me sigáis por fuerza.

Y el agente sacó de su bolsillo unos cordelitos, que no deseaban más que trabar conocimiento con los puños de Gibassier.

— Sea, dijo éste conociendo la falsa posición en que se encontraba, y la más falsa todavía en que su resistencia pudiera colocarle ; ya os sigo.

— Entonces tendré el honor de ofreceros el brazo, en tanto que estos señores nos harán el obsequio de seguirnos, dijo el agente, porque me parece que sois muy capaz de pe-

gárnosla al volver la esquina de una calle, si se os presenta ocasión de hacerlo.

— He cumplido con mi deber, dijo Gibassier como poniendo al cielo por testigo de que había luchado cuanto posible le era hacerlo.

— Vamos, vuestro brazo, y en marcha.

Gibassier sabía cómo se apoya en el brazo del agente el brazo del que es arrestado. No se hizo, pues, rogar, y dejó obrar el agente como éste quiso hacerlo.

Éste reconoció que el otro era práctico.

— ¡ Ah ! dijo, me parece que no es ésta la primera vez que os veis en semejante situación.

Gibassier miró al agente como un hombre que se dice á sí mismo :

— Sea ; pero veremos quién es el último que ríe.

Después añadió en alta voz y resueltamente :

— Marchemos.

Gibassier y el agente salieron de la fonda, enlazados del brazo como dos buenos y antiguos amigos.

Los dos compañeros del agente iban detrás, y tenían la delicada atención de no ser como Grippe-Soleil, de la sociedad de monseñor.